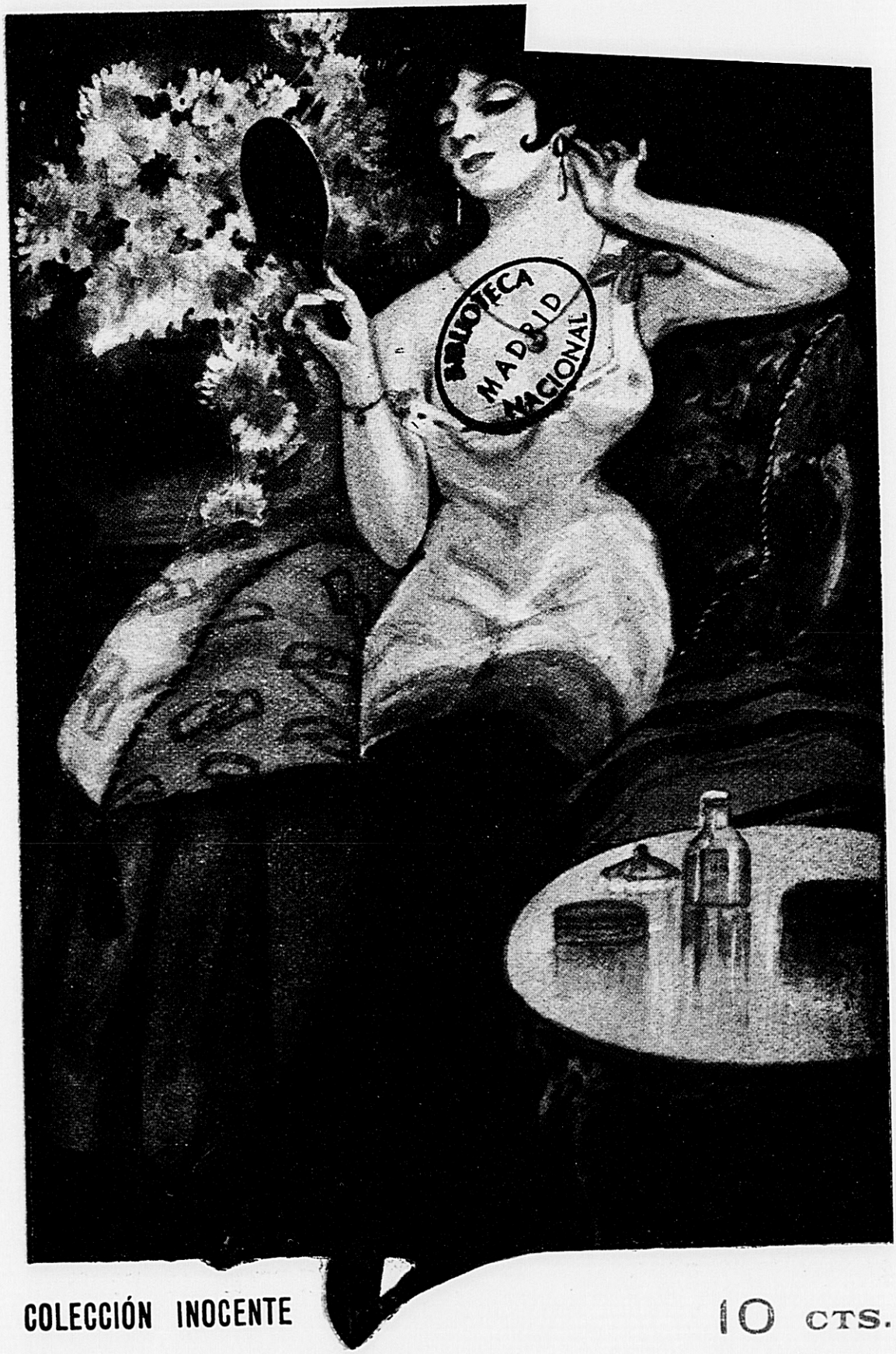
P. PICA Y PECA

DE INSTITUTRIZ A

1
230824



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230824

47/1434817

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

DE INSTITUTRIZ A CORTESANA

I

ALLÁ VA LA NAVE...

Una noche del mes de Febrero, apeábase del tren en la estación de Barcelona, y procedente de un pueblo de la provincia de Valencia, una bellísima joven de unos diez y ocho años, vestida de luto riguroso, y cuyo porte era distinguido, aunque modesto.

Al salir del andén miró a todos lados, como si buscase algo. De pronto, de entre la fila de coches y automóviles de distintas clases que aguardaban a los viajeros, se destacó un hombre que por su aspecto parecía ser algún criado de casa grande, y fijándose en ella, o más bien en su traje de luto, se acercó a la viajera, preguntándole :

—¿ Se dirige usted a casa del señor Brucart ?

—Sí, señor—repuso la joven, que hasta entonces había estado mirando a todas partes, como desorientada.

—Entonces es usted la señorita Julia Tormo.

—La misma.

—Yo soy un criado de los señores de Brucart, que me envían a recibir a usted. Aquí está el auto. Sígame.

Y el criado, cogiendo el maletín de cuero que la joven llevaba en la mano, y después de pedirle el talón de su equipaje, para hacerse car-

R. 3189552

go de él, la condujo hasta un magnífico Panhard que aguardaba a pocos pasos. Abrió cortésmente la portezuela, y cuando aquélla estuvo instalada en su interior, él tomó asiento junto al *chauffeur,* partiendo el auto a toda velocidad, con dirección al suntuoso hotel que en la Avenida del Tibidabo poseían los opulentos señores de Brucart.

... ...

La enlutada viajera, a la que el criado nombró Julia Tormo, venía a Barcelona para encargarse de la educación, como institutriz, de dos niñas de diez y doce años respectivamente, hijas del riquísimo y poderoso señor don Juan Brucart, cuya colosal fortuna causaba envidia a sus antiguos compañeros de trabajo, pues los principios de don Juan habían sido muy humildes.

Hacía un mes que Julia se había quedado huérfana. Hija de un maestro de Valencia, quedóse sin madre siendo muy niña, y ahora acababa de morir su padre.

Este, que se preocupaba mucho del porvenir de su única hija, la hizo desde muy joven estudiar para maestra, y no contento con esto, creyendo de tal modo ofrecerle mejor porvenir, la llevó a Francia, donde Julia tomó el *brevet* de institutriz. El buen señor, que se había pasado su vida muy a disgusto, bregando con chiquillos, las más de las veces sucios y desaplicados, quiso para su hija una perspectiva más risueña, pensando que en casa de alguna familia rica y distinguida llevaría una vida más tranquila y agradable. ¿Estaba en lo cierto el previsor y cariñoso padre? Los acontecimientos se encargarán de responder.

La pobre Julia, al quedarse sola en el mundo, no tuvo más remedio que ocuparse del modo de ganarse la vida. Una familia amiga la recomandó como institutriz a varias de sus relaciones, y pocos días después la escribían de Barcelona que estaba admitida como institutriz de dos niñas en casa de uno de los hombres más ricos de la ciudad condal, pero tacaño como buen catalán y que alardeando de españolismo prefería que educara a sus hijas una española, aunque en realidad era porque le costaba más barata que una inglesa o alemana.

Cuando Julia abandonó su casita, modesta, pero que era suya, lloró mucho. De allí en adelante ya no tendría su casa, ni podría vivir su vida. Tendría que amoldarse a las costumbres de sus *amos,* disimular sus sensaciones, vigilarse a sí misma para que los demás no tuvieran que reprocharle nada. En una palabra, iba a ser un asalariada, una criada distinguida. Pero la juventud es valerosa, y espera siempre. ¿Quién sabe? Tal vez no durase aquello eternamente. Tal vez se casara, y si esto no sucedía, ahorrando de su sueldo, hallaría medio para hacer oposiciones y ser maestra de una escuela de niñas. Pero ahora no había que pensar en ello. Perdonábale a su excelente padre su equivocación, guiada por el cariño, de que fuera institutriz; pero con esto condenaba a la pobre Julia a carecer de lo que ella prefería a todas las comodidades de la elegancia y el confort de que podría disfrutar entre una familia extraña: su casa.

II

UN BRUTO

Un mes hacía de su llegada a la vivienda de don Juan Brucart y ya Julia había tenido más de una ocasión para desear abandonarla. Estaba rodeada de tanta gente que le era completamente extraña, tantas rivalidades agitábanse a su alrededor, que la pobre joven experimentaba una especie de vértigo.

Sin embargo, la dueña de la casa, la esposa de don Juan, era muy amable y cariñosa con ella. La buena señora, que estaba casi siempre enferma, se pasaba la mayor parte del tiempo reclinada en una *chaise-longue*. Julia se ocupaba por completo de las dos niñas, que eran algo traviesas, pero cariñosísimas con su institutriz, a la que a los tres días de estar entre ellas, ya la adoraban.

Pero el dueño de la casa... ¡Dios santo, qué hombre! O mejor dicho, ¡qué animal!

Don Juan Brucart era una especie de gigante, pero un gigante terrible. Alto, gordo, con unas manos enormísimas, unos dedos cubiertos por completo de un vello espeso y enmarañado y unos pies verdaderamente descomunales, que eran la muestra más clara de su bajo nacimiento. Coloradote, barbucho, picado de viruelas, las narices aplastadas, los labios gruesos y colgando hacia abajo, los ojos grises, duros y crueles, bajo unas enmarañadas cejas rojizas...

Y unido a todo esto, una voz estridente y brutal que hacía estremecer a todos los criados cuando les daba sus órdenes.

Cuando el señor estaba en casa, todo temblaba en ella. Su mujer se acurrucaba en su *chaise-longue*, como queriendo hacerse más pequeña, las niñas Celia y Lolita corrían a encerrarse en su cuarto de estudio y hundían la cabecita entre las hojas del libro; los criados, aterrorizados, refugiábanse en la cocina, y sólo la terrible voz de don Juan resonaba en toda la casa, como los rugidos de un furioso león.

El día en que Julia entró por vez primera en el suntuoso chalet del señor Brucart, su esposa la hizo ir en seguida a su habitación, hablándola con dulzura y cariño y presentándola después a sus hijas. Las dos mujeres simpatizaron ya en la primera entrevista.

Hasta la noche no conoció Julia al dueño de la casa. A la hora de la cena sentóse a la mesa toda la familia, y Julia, en razón de sus funciones, tomó asiento entre sus dos discípulas, enfrente de doña María, que era el nombre de la señora de la casa.

Acababan de dar las ocho cuando se abrió la puerta violentamente, apareciendo don Juan en el suntuoso comedor. Su mujer le dirigió un tímido saludo y las dos niñas lanzaron al mismo tiempo, como una lección bien aprendida, un imperceptible:

—¡Buenas noches, papá!

Sin dignarse responder a nadie, el dueño de la casa se dejó caer pesadamente en su silla,

como un oso que ha dormido mucho, y desdobló su servilleta.

Julia habíase levantado respetuosamente y esperaba que él la hiciera seña de que se sentara. Entonces doña María pareció hacer un esfuerzo y dijo con timidez :

—Juan, te presento a la señorita Tormo, la nueva institutriz de las niñas.

El miró a Julia con ojos atónitos.

—¡ Ah ! ¡ Bien, bien !—gruñó.

Los criados servían la comida silenciosos, deslizándose detrás de sus señores sin ruido, como sombras. Doña María apenas probaba los platos ; en cuanto a las niñas, parecían haberse quedado mudas.

El terrible señor devoraba con glotonería todo lo que le ponían delante. Las salsas dejaban su grasienta huella en sus barbas ; hundía sus velludos dedos en el plato, hacía crujir los huesos de las aves entre sus dientes de lobo, y comía a dos carrillos. Apresuradamente, como si temiera que le quitasen la comida.

Julia, asustada, no podía tragar bocado, y miraba de reojo a la pobre mujer, que de seguro en aquel momento pensaba lo mismo que ella :

—¡ Qué puerco !

Cuando hubo satisfecho su voraz apetito, el dueño de la casa se dignó mirar a la nueva institutriz.

—¿ De dónde ha venido usted ?—le preguntó con un tono seco y duro que hizo estremecer a la joven de pies a cabeza.

—De Valencia, señor.

—¡ Ah ! sí ; de Valencia... Y ¿ qué es su padre ?

—Mi padre hace un mes que ha muerto, señor.

—¿ Y su madre ?

—También.

—¡ Ah !

Un gran silencio siguió a este breve interrogatorio. El señor Brucart hacía bolitas de pan que lanzaba al aire, sin cuidarse de que le diesen a alguno de los que estaban sentados a la mesa. Su mujer miraba a Julia con tristeza y la joven creyó ver lágrimas en sus ojos.

De pronto el dueño de la casa dió un puñetazo sobre la mesa y exclamó con feroz sonrisa y acento insultante, dirigiéndose a Julia :

—¿ Ha tenido usted algún amante ?

Si la casa se hubiera hundido de repente no la hubiera producido tanto espanto a Julia como el oir estas palabras.

La joven no respondió, pero sus mejillas tiñéronse de púrpura.

Doña María se interpuso.

—¡ Pero, Juan, por favor !...

—Cállate tú—replicó él, brutalmente—. Que me responda ella.

Y volviéndose hacia la pobre joven, que habíase quedado petrificada de vergüenza, le repitió :

—¿ Ha tenido usted algún amante, sí o no ?

Aquel hombre, o estaba borracho o quería divertirse a costa de la pobre joven.

Esta se levantó de la mesa sin responder, y cogiendo a las dos niñas de la mano salió del comedor. Al salir oyó cómo el señor Brucart lanzaba una gran carcajada y exclamaba :

—¡ Qué estúpida es la maestrilla !

Julia dejó a las niñas en sus habitaciones, subió a la suya y se arrojó sollozando encima de la cama.



No podía permanecer un minuto más en aquella casa.

Cuando se incorporó había tomado ya su resolución definitiva. No podía permanecer un

minuto más en una casa en donde se la insultaba tan groseramente ; se iría no sabía dónde, a la calle, a cualquier parte, aunque fuese de noche...

Su maleta estaba abierta todavía. Volvió a meter en ella los pocos objetos que había sacado, y poniéndose el abrigo y el sombrero, se dispuso a salir. Pero en el mismo momento se presentó una doncella diciéndole :

—La señora le ruega a usted que vaya a su cuarto.

Ella siguió a la doncella, sin quitarse el sombrero ni el abrigo.

La pobre señora estaba tendida en su eterna *chaise-longue,* en un rincón de su tocador. En cuanto la vió Julia, no pudo contener sus lágrimas y se detuvo en el dintel de la puerta. Pero la señora le dijo con amabilidad :

—Pase usted, hija mía ; venga aquí, a mi lado.

Julia se sentó en una silla baja, junto a ella. Las delgadas manos de doña María atrajeron hacia sí a la institutriz, abrazándola maternalmente.

—¡ Pobre muchacha ; pobrecilla, perdóneme usted !

Julia quedóse asombrada. ¿ Por qué le pedía perdón a ella aquella santa mujer ?

—¿ Se quiere usted marchar ? ¿ Por qué ?

—¡ Oh, señora ! ¿ Puedo acaso permanecer aquí, después...

Y los sollozos no la dejaron acabar.

—Sí, hija mía ; puede usted y debe de quedarse. ¿ Qué importan la brutalidad y la grosería de mi marido ? Usted no está aquí por él, sino por mis hijas y por mí. Quiero que se que-

de usted conmigo ; será usted mi mejor amiga, mi compañera.

—Nunca creí que un caballero insultase a una mujer indefensa como lo ha hecho el señor Brucart conmigo, señora. Yo soy una mujer honrada y es la vez primera que alguien me falta al respeto—dijo Julia con dignidad.

—Yo la tomo a usted bajo mi protección—la dijo doña María—. Nadie, entiéndalo usted bien, nadie volverá a insultarla a usted en mi casa, hija mía.

Sus sollozos hiciéronse más desconsolados. Doña María la cogió entre sus brazos, tierna y maternal.

¡ Pobre mujer ! ¡ qué buena era !

III

EL BUITRE SOBRE LA PRESA

Después de aquel día, el señor Brucart se abstuvo de hablar a la institutriz. Hasta parecía ignorar su existencia, lo cual resultaba muy del agrado de la joven.

Algunas mañanas llegaba el señor Brucart a su casa completamente borracho. Había pasado la noche entre *cocottes* en los restaurants más elegantes y entraba armando gran estrépito con sus juramentos y maldiciones. Su mujer estaba ya habituada a estas cosas, y permanecía impasible ; pero las niñas, temblando de miedo, ocultaban sus cabecitas bajo las ropas de su cama.

Pero pasados algunos días, el dueño de la casa cambió de actitud respecto de la institutriz. En la mesa, seguía con los ojos todos sus movimientos, irritando con esta insistencia a la joven, que experimentaba una especie de malestar al sentir sobre sí aquellos ojos grises que giraban en su rostro feo y grotesco. Siempre que ella levantaba la mirada, encontrábase con la de aquel hombre, que parecían querer profundizar hasta lo más hondo de su alma, haciéndola ruborizar y estremecerse cada vez que esto sucedía. Ella no podía reprimir su turbación ante aquella mirada inquisitorial que la

desnudaba por completo, y avergonzábase como si aquel hombre grosero cometiera con ella alguna mala acción.

¿Por qué la perseguía de aquel modo? A cada momento se lo encontraba en las escaleras, sin ningún quehacer entraba en la sala de estudio, y muchas veces permanecía un gran rato inmóvil en la antesala de las habitaciones de su mujer como espiando la entrada o salida de la joven. Y cuando ella aparecía conduciendo a las niñas, fijaba en ella los bestiales ojos, que le producían a la joven como una ardiente quemadura que le hacía apresurar el paso y enrojecer como si ella fuese la culpable.

La pobre institutriz no gozaba de un momento de tranquilidad.

Sentíase acechada con una tenacidad desesperante; y hasta por la noche percibía su espionaje, oyendo sus pasos que iban y venían ante la puerta de su habitación, a pesar de ahogar su ruido la gruesa alfombra. Entonces Julia cerraba su puerta con llave, corría los cerrojos y colocaba detrás una barricada de butacas y sillas... Pero a pesar de todo esto no conseguía dormirse y pasaba la noche anhelante, escuchando los pasos hasta que notaba que ya se había ido.

Con todo esto Julia se debilitaba, desmejorándose a ojos vistas. Doña María, alarmada por su debilidad y palidez, la interrogó sobre la causa de ello. Pero la pobrecilla no se atrevió a decírselo. ¡Pobre señora! Bastantes sufrimientos pasaba para aumentárselos ella.

Pero esta situación no podía durar mucho tiempo.

La doncella de doña María era una mujer que tenía ya cuarenta años y que le había tomado a Julia mucho cariño, aun cuando no hablaba mucho con ella. Cuando Rosa, que así se llamaba, se percató de los manejos de su amo y de su obstinación en perseguir a la joven, aumentó más su cariño hacia ella.

Como los criados también observaran el insistente capricho de su amo, empezaron a burlarse de la pobre institutriz, y cuando la veían aparecer, se daban con el codo, mirándola con ojos maliciosos. Esto exasperaba a la joven, aun más que la odiosa persecución de su amo. Un día que se paseaba por el jardín tropezóse con el ayuda de cámara y con el mozo de comedor, y ambos, apartándose con burlesco respeto, hiciéronle una gran reverencia, diciendo:

—¡La señora!

Ella se quedó sin saber qué hacer. Por fortuna, Rosa, que andaba por allí cerca y que había visto la escena y escuchado el apóstrofe, acudió en defensa de la joven, amenazando a los criados con contarlo a la señora para que los echase de la casa, y los dos compinches se retiraron con el rabo entre piernas, como vulgarmente se dice.

Entonces Rosa abrazó a la joven que, deshecha en lágrimas, le abrió su corazón. Suplicó a Rosa que la protegiera, que la sustrajese al peligro que se cernía sobre su cabeza; le contó toda su vida, pura y honrada, su ignorancia del mundo, y por último le rogó que le buscara otra colocación para irse de aquella casa.

Rosa movió tristemente la cabeza.

—No conseguirá usted nada con marcharse de aquí, si se queda usted en Barcelona. El

la encontrará a usted dondequiera que se oculte, pues como usted tiene que ganarse la vida, no puede usted estar sin salir a la calle. Lo mejor es que por ahora se quede usted aquí, y entretanto yo hablaré con la señora para tratar de encontrarle en otra población una buena casa. En lo que eso llega, yo velaré por usted.

Esto tranquilizó un poco a la joven; tanto más cuanto que don Juan pareció cesar de pronto en su persecución.

IV

¡POBRE JULIA!

De pronto, Lolita, una de las niñas, cayó enferma con un gran catarro, unido a una fiebre bastante alta, y como su madre, a causa de sus continuos padecimientos, no podía consagrarse al cuidado de la enfermita, fué Julia la que se instaló a la cabecera de su cama.

Don Juan manifestó un grandísimo interés por la indisposición de su hija.

Entraba a cada momento en el cuarto de la enferma, que estaba a media luz; interrogaba ansiosamente a los médicos y le hacía a Julia un sin fin de preguntas acerca de las probabilidades de curación de «su hija adorada».

Pero a la vez, valiéndose de la semiobscuridad en que la habitación estaba sumida, acariciaba con sus gordos dedos la nuca de la joven, dejándola después deslizarse por la espalda, hasta oprimir su cintura. Ella retrocedía, avergonzada y presa de invencible repugnancia. Entonces él se marchaba, furioso, ordenándole que le diese por la noche noticias del curso de la enfermedad de la niña.

La pobre joven no tenía más remedio que obedecer, y antes de irse a su cuarto para descansar dos o tres horas, después de dejar a Rosa en su lugar, subía a la habitación de don Juan para decirle el estado de la enferma. Por lo general, le trasmitía el recado por medio de su

ayuda de cámara, que estaba en la antesala, y después retirábase a su habitación.

Una noche en la que Lolita había estado más nerviosa y agitada, Julia permaneció con ella hasta las tres de la mañana, hora en que la niña se durmió con sueño tranquilo y sosegado.

La institutriz, fiel al mandato de su amo, se dirigió a sus habitaciones, a pesar de lo avanzado de la hora. En la antesala no encontró, como de costumbre, al ayuda de cámara. La joven no sabía qué hacer. Tenía mucho sueño y no pensaba en nada. Instintivamente, dió un golpecito con los nudillos en la puerta que tenía ante sí.

Esta se abrió de repente y en su dintel apareció don Juan, en batín y zapatillas.

Julia se quedó inmóvil y asustada, sin levantar los ojos del suelo y, balbuceando, cumplió su comisión, y cuando ya iba a retirarse, sintió repentinamente sobre su espalda las pesadas manos de su amo. Ella lanzó un agudo grito y quiso desasirse, pero él la arrastró violentamente adentro de la habitación y cerró la puerta con llave.

Después, tomándola en sus brazos brutalmente, la metió en un gabinetito, cuyas paredes estaban cubiertas por gruesas tapicerías y cerró la puerta.

Julia sintió que estaba perdida sin remedio. ¡Ya podía la desdichada gritar y aullar hasta quedarse sin voz! Nadie la oiría. Los tapices ahogaban sus gritos. Y se encontraba sola, a merced de aquel bárbaro, sin ninguna clase de

defensa, como una pobre oveja perdida en el campo y a la que sorprende el lobo.

El infame se reía ferozmente.

—¡Vaya! ¡vaya! ¡A cada uno le llega su turno, pequeña! ¡Tú has creído que ibas a burlarte de mí y a sustraerte a mi voluntad; has creído que yo no podría hacerte mía! Ya ves cómo te has engañado, y que yo tengo todo lo que apetezco. Y ahora ya eres mía, muñeca, ya eres mía y yo te quiero, te quiero...

El sátiro estaba espantoso y Julia sentía oprimírsele el corazón de mortal angustia.

Las manos de aquel bruto temblaban, sus inmundos labios tenían una contracción que dejaba al descubierto sus amarillentos dientes y de bocaza fluía una especie de espuma.

La joven trató de enternecerle y se arrojó a sus pies suplicante.

—¡Oh, señor, por Dios, no abuse usted de mí, se lo pido por la salud de su hija, por...!

—¡Eh! ¡Déjate de historias! ¡Te quiero; me has hechizado; me has vuelto loco... loco... quiero tus ojos, tu boca, tus senos... todo... todo tu cuerpo... todo...!

Y la abrazaba, buscando su boca.

—¡Pero esto es un crimen, una cobardía!—gemía la infeliz—. ¡Tenga usted compasión!

—¿Conque un crimen, eh? ¿Una cobardía? ¡Loca, más que loca! ¿Es un crimen el querer a una mujer bonita? Ven, ven; ya verás, ya verás después...

—¡No! ¡No quiero!—exclamó la desdichada, loca de desesperación—. ¡Auxilio! ¡Socorro!

Y se agarraba a las paredes, dando golpes con las manos.

—Sí, sí ; grita, víbora, grita. ¡ Ninguna mujer se me ha resistido de ese modo !... ¡ Grita, grita, que nadie te oirá !

Y con mano brutal la cogió por la cintura y la arrojó sobre un diván.

Ella se defendía desesperada, luchando con los pies, con las manos, y más de una vez sus uñas se clavaron en el rostro del sátiro, haciéndole brotar sangre.

El, loco, rabioso, la aplastaba contra el diván y sus inmundas manazas desgarrábanle el corpiño y las faldas y hacían saltar su corsé en tanto que sus labios, golosos de la juventud de Julia, se aplicaban a sus pechos, acribillándoseles a mordiscos con sus dientes de lobo. Las crispadas uñas de la joven incrustábanse en sus mejillas y desgarraban su piel, pero él, en la fiebre de su erótica locura, no sentía el dolor. Y en aquella lucha horrible, atroz, sus manos, que arrancábanle las faldas y estrujaban batistas y encajes, subían cada vez más arriba, a pesar de la defensa de la joven y de sus sobrehumanos esfuerzos.

Poco a poco la lucha fué haciéndose más débil ; la institutriz estaba aniquilada, sin fuerzas y medio desvanecida.

... ...
... ...
... ...
... ...

De pronto sintió un enorme peso que la aplastaba ; un intenso dolor, un terrible desgarramiento recorrió todo su cuerpo, haciéndola caer vencida y exánime ; sentía algo enorme, inmundo e invencible que penetraba dentro de ella, que la torturaba, que la martirizaba, produciéndola un sufrimiento atroz y horroroso, mezclado de una impresión de repugnancia y de impotente rabia. La pobre mujer hacía in-



...sus manos, que arrancábanle y estrujaban batistas y encajes...

útiles esfuerzos para desprenderse, para huir de aquella espantosa pesadilla.

Como un monstruo apocalíptico, el sátiro la aplastaba bajo su enorme peso, mientras que su rostro, crispado horriblemente y salpicado de sangre y de baba, se frotaba lujurioso contra la

cabeza de la joven, y sus labios de vampiro la chupaban el pecho y la garganta hasta sacarla sangre.

Después, Julia, medio ahogada por el asco y el horrible dolor físico que sentía, y que desgarraba sus entrañas, se desmayó, perdiendo el conocimiento.

V

DESPERTAR

Cuando la desgraciada joven volvió en sí, encontróse acostada en una cama que no era la suya.

Al mirar a su alrededor, sin darse cuenta del sitio en que se encontraba, vió junto a ella un cuerpo enorme, inmóvil y ardoroso...

Entonces, de pronto, hízose la luz en su espíritu.

Aquel que se encontraba allí era su amo, el señor Brucart, y ella, violada, habíase convertido en su querida. Y él, el demonio de la lujuria, el inmundo animal, dormía, satisfecho ya su lúbrico apetito. ¡ Ah ! ¡ si ella hubiera tenido un arma al alcance de su mano, con qué placer lo habría matado !

De un salto se lanzó fuera del lecho, encontrándose completamente desnuda. Violentamente arrancó la colcha de la cama, se envolvió en ella y se precipitó hacia la puerta.

Por fortuna la llave estaba puesta. La casa hallábase envuelta en la mayor obscuridad y silencio. A tientas llegó a la escalera, subió a su cuarto y se arrojó sobre su cama. Una crisis de lágrimas la consoló y durante mucho rato, violentos y fuertes sollozos agitaron su pobre cuerpo martirizado.

Pero poco a poco, el sueño calmó su fiebre y se durmió con un dormir agitado, lleno de es-

pantosas pesadillas en las que sin cesar volvía la monstruosa aparición de aquel hombre ebrio de lujuria y de lubricidad, mientras que algo



De un salto se lanzó fuera del lecho...

inmundo, que en vano trataba de apartar de sí, penetraba violentamente en su carne.

Aquello horrible que ella tanto temía, y que aun no se había dado cuenta exacta de lo

que podría ser, ¡ había ya sucedido ! Y al perder su virginidad, que hasta entonces había sido su única fuerza, perdía también el respeto de sí misma. Estaba ya perdida ; manchada de fango.

¡ Todo había concluído para ella ! ¡ Ya no podía evitar la ley fatal de su destino ! En tanto que se considerara sostenida por el sentimiento natural de su pureza, había sido fuerte para luchar contra ciertos apetitos mal definidos, contra ciertos ardores que le hacían pensar en la materialización de los fantásticos héroes de sus lecturas y de sus ensueños. Y ahora, esta poderosa fuerza le faltaba y encontrábase a merced del primer hombre que supiera hacerse dueño de ella ; sentíase incapaz de volver a empezar aquella lucha, en la que estaba segura de sucumbir inevitablemente, puesto que ya no era más que una criatura sin valor ni voluntad, arrojada como pasto a los deseos del hombre.

¡ Pero todo lo prefería, todo, hasta la misma muerte, antes que sufrir otra vez las brutales y asquerosas caricias de su amo !

¡ Oh ! ¡ Qué odio tan feroz sentía por aquel ser sin alma, que acababa de romper su vida para siempre, arrojándola en medio de la deshonra ! ¡ Y deseaba ardientemente que cayeran sobre su cabeza todas las desdichas y sufrimientos que existen en el mundo !

Aquel día no salió de su cuarto, pretextando que estaba enferma. Por dos veces llamó don Juan a su puerta, sin que ella le respondiera, yéndose él murmurando amenazas por lo bajo. Por la noche le rogó Rosa que la abriera, lo que Julia hizo apresuradamente, arrojándose en bra-

zos de la buena mujer y contándola entre sollozos el espantoso suceso.

Y Rosa, con las cejas fruncidas, repetía a cada momento :

—No me extraña... no me extraña...

Cuando la joven se lo hubo referido todo, Rosa la preguntó amorosamente :

—¿ Y qué piensa usted hacer ahora, señorita ? Es inútil que piense usted en quedarse en Barcelona en otra casa. Ese hombre siente por usted una pasión loca, y no solamente continuaría acechándola, sino que le impediría hallar una colocación, diciendo que es usted su querida.

—¡ Oh ! ¡ el infame !—rugía Julia.

—Evidentemente, don Juan querrá que siga usted siendo su amante.

—¡ De ningún modo ! Antes lo seré del primero con quien me tropiece por la calle.

—¿ Entonces, qué va usted a hacer ?

—No lo sé ; pero esta noche saldré de esta casa.

—Créame usted, señorita, váyase usted a Madrid. Allí puede usted encontrar algo que le convenga.

Y efectivamente, al día siguiente, después de despedirse de doña María con un pretexto cualquiera, aunque la buena señora sospechó algo, Julia, con unos cientos de pesetas que la esposa de su verdugo le metió en el bolsillo generosamente, tomó el tren para Madrid.

VI

CALVARIO

Al llegar a la capital de España, la joven se instaló en un hotel modesto, y en seguida empezó a buscar colocación. Recorría los anuncios de todos los periódicos y visitó todas las agencias en demanda de una casa en donde entrar a prestar sus servicios como institutriz ; pero lo primero que la pedían en todas partes era referencias de donde había estado hasta entonces. Cierto que podía decir que llegaba de Valencia y citar el nombre de personas conocidas suyas, pero desde allí dirían la época en que había salido de aquella población y tendría entonces que explicar en dónde había estado.

Y ella no quería citar en absoluto la casa de don Juan Brucart, pues aunque estaba segura de que doña María daría excelentes informes de ella, sabía muy bien que como la solicitud iría a parar directamente a manos de don Juan, pues éste no permitía que nadie de la casa recibiese ninguna carta sin haber pasado antes por él, si ella citaba su casa, seguramente le escribirían, sucediendo lo que ella tanto temía ; no solamente averiguaría don Juan su paradero, sino que, mal intencionado, respondería diciendo que era su querida, para de este modo cercarla por el hambre.

Pero los días pasaban ; Julia veía ir desapa-

reciendo su dinero, y la colocación no llegaba nunca. En ninguna casa querían admitir a una muchacha joven y bonita que no decía claro de dónde venía.

—Informes—le decían las señoras— ; no puedo entregar mis hijas a una persona que no sé quién es ni de dónde viene.

Y la pobre Julia se marchaba corrida y avergonzada.

Desesperábase, pues no servía más que para institutriz o para maestra y para ambas cosas tropezaba con dificultades insuperables. ¡ Oh ! cómo aborrecía al infame que de aquel modo le hacía imposible la vida !

Un día, leyendo en el *A B C* los anuncios de ofertas de trabajo, tropezaron sus ojos con este :

«Una artista desea una señorita de compañía.»

Y debajo las señas, que eran un hotel en el Hipódromo.

Julia se puso su traje más elegante, su sombrero más coquetón y que mejor le sentaba y unos guantes nuevos, y tomando un simón para no descomponer su tocado, se dirigió a la casa de la artista. Cuando subía las escaleras de piedra blanca del hotel, asaltábala un temor. ¿ Sería la artista tan escrupulosa como aquellas otras señoras ?

Una doncella, que parecía ser extranjera, la hizo pasar a un lujoso saloncito y fué a avisar a la señora. La emoción de Julia iba en aumento. Casi estuvo tentada de huir. Para dominar

sus nervios se puso a mirar los mil objetos artísticos que llenaban el saloncito.

De pronto detuviéronse sus ojos, sorprendidos. Sobre la chimenea, en las paredes, por todas partes, veíase el retrato de una bailarina célebre, por su belleza y sus danzas orientales, y que a pesar del nombre español que ostentaba y asegurar que había nacido en España, era inglesa. Aparecía retratada en casi todas las *poses* que la habían dado fama, y en todos los retratos destacábase soberbia y arrogante su alta e hierática figura morena.

Julia estaba encantada. ¡ Iba a ver de cerca al original de aquel retrato que ella había admirado tantas veces en los periódicos ilustrados !

Una puerta que se abrió de repente vino a sacarla de su ensimismamiento y una oleada de sedas y encajes penetró en el saloncito. ¡ Era la bailarina ! ¡ Pero qué desencanto sufrió Julia ! ¡ Aquella mujer morena, delgada, de formas casi masculinas y facciones duras era el original de aquellos lindísimos retratos ! ¡ Lo que hace el arte !

Sólo sus ojos negros, inmensos, le parecieron los mismos, pero su mirada era otra. La bailarina medio se tumbó en un diván, examinándola de pies a cabeza. Su examen debió de satisfacerla, porque haciéndola sentar le dijo :

—Es usted muy bonita y creo que vamos a ser muy buenas amigas.

Julia respiró. Ya tenía colocación.

—Sus ocupaciones no serán muy penosas. Acompañarme a todas partes : a paseo, al tea-

tro, en mis viajes por todo el mundo ; en una palabra, ser mi amiga, mi hermana.

Y la voz de la bailarina tomaba dulces entonaciones.

Julia estaba radiante de alegría. Aquello le parecía un sueño ; nunca se había atrevido a imaginarse un porvenir tan halagador.

En un momento estuvo cerrado el trato ; la bailarina la asignó un sueldo espléndido y selló su compromiso con un fuerte beso.

Después le condujo a su habitación, un precioso dormitorio blanco y oro. El lecho era bajo y cubierto de encajes ; a sus pies extendía sus disecadas patas una piel de oso blanco, un espejo de tres lunas ocupaba todo un lienzo de pared y por todas partes veíanse esos mil accesorios tan necesarios a la *toilette* femenina.

Julia se acostó ya aquella noche en su nueva casa, llena la cabeza de mil sueños de color de rosa.

VII

EL DESTINO

Hacía poco más de dos horas que dormía la joven cuando la puerta de su cuarto abrióse nuevamente y la bailarina, envuelta en un amplio *peignoir* de encajes, penetró dentro de la habitación. Acercóse a la cama en donde Julia dormía y levantó la sábana que cubría a la joven. Su carne firme y suave como el raso, era blanca como la leche y el rojo de sus labios y el negro de sus cabellos ponían dos notas de color en medio de aquella nieve.

La bailarina quedóse deslumbrada ante la belleza de aquel cuerpo juvenil, e inclinándose hacia ella la dió en la boca un beso de fuego, mientras alocada y trémula acariciaba las partes más secretas de su cuerpo. Julia estremecióse, y estirándose toda ella, separó los muslos como una gata que se esponja cuando su ama le acaricia, y echó los brazos hacia atrás, dejando al descubierto los dos globos redondos y duros de sus pechos. La bailarina entonces hundió la cabeza entre sus piernas y le dió un beso prolongado, frenético y delirante...

Julia despertóse sobresaltadísima, llenos todos sus sentidos de una ardiente y deliciosa perturbación, y al ver a su nueva ama a su lado, medio desnuda, con los ojos y las me-

jillas encendidas, se la quedó mirando asombrada. ¿Qué significaba aquello?

Pero la bailarina no le dió tiempo apenas. La cubrió de besos, murmurando a su oído frases apasionadas.



Dos meses después Julia era una de las *cocottes*...

—¡Niña mía! ¡Bonita! ¡quiéreme! ¡bésame!

Julia, sin saber lo que se hacía, le besó en la boca impetuosamente, sintiendo al hacerlo un extraño y ardoroso deleite.

—Déjame que me eche a tu lado—le dijo la bailarina.

—¡Pero, señora!...—balbuceó Julia.

—No temas nada, monina... verás. Es una cosa muy rica... Cuando lo hayas probado me querrás mucho... mucho...

La bailarina hincó su rodilla fuerte y morena en el lecho, y con movimiento hábil y rápido enlazóse a Julia, haciéndose con las piernas de la joven como un magnífico collar de palpitante alabastro.

... ...
... ...

—¡Así, vida mía!

Las dos encendidas corolas de aquellas dos fragantes flores de amor rozaban muy juntas, una contra otra, pistilo contra pistilo. La bailarina imitaba los movimientos del varón en la ardiente cópula amorosa, pero Julia, nueva en aquellas lides, permanecía inmóvil y casi inerte.

No pasaron muchos segundos sin que los deliciosos espasmos del placer venusino estremeciera vivamente aquellos dos cuerpos de mujer, estrechamente enlazados.

... ...

Dos meses después, Julia era una de las *cocottes* que más caras se hacían pagar en Madrid; y ella devoraba fortunas y juventudes para satisfacer su odio contra el autor de su deshonra.

———

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel

EN PRENSA

Inconvenientes del amor

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino. . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona